

# Una secuencia inolvidable

**JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN**  
Profesor Emérito de la Universidad de Santiago



Aún bajo la impresión de la dolorosa noticia, no es fácil resumir en pocas palabras el recuerdo que me queda del admirado director y querido amigo. Podría referirme a nuestras largas conversaciones telefónicas, a propósito de ciertos detalles que me interesaban especialmente de su *Fortunata* (él solía abreviar así el título de aquella serie); mi mujer y él intercambiando comentarios y recomendaciones sobre autores y títulos del género policíaco; cuando, en los coloquios posteriores a la proyección de alguna de sus películas, contaba con

gracia –acaso inesperada en un hombre tan reservado–. anécdotas de los rodajes; su pesimismo desengañado refiriéndose a los obstáculos que le impidieron filmar su último proyecto, ‘Historias de la Bahía’; la mezcla de pudor e ilusión con que firmaba las dedicatorias de sus libros de cuentos: esas historias que no llegó a filmar, magistralmente contadas en palabras...  
Pero, tratándose de un cineasta, lo que quedará en nuestra memoria serán imágenes de sus películas. No es sencillo –al menos, para mí– elegir una entre las muchas secuencias inol-

vidables de su cine. Coincidiría con muchos si mencionase el impresionante asesinato (¿el ingeniero Ryan?) que abre ‘La playa de los galgos’, el rostro magullado de ‘Young Sánchez’ en el ring, el vuelo de la ‘Milana bonita’ hasta el hombro de Azarías... Pero, acaso porque la he comentado en clases y conferencias, quiero recordar los tres minutos finales del capítulo 3º de *Fortunata y Jacinta*.  
A partir del brevísimo texto que abre el capítulo XI en la Parte Primera de la novela galdosiana («Resolviose la cuestión del Pituso conforme a lo dispuesto por don Baldomero, y la propia Guillermina se lo llevó una mañanita a su asilo, donde quedó instalado»), el talento del guionista y cineasta consigue traducir esa mínima información en uno de los momentos más emotivos de la serie. Para ello, en lugar de resumir la materia narrativa, Camus amplía y

desarrolla en dos intensas secuencias –más intensas, porque carecen de diálogo– lo que aquella frase sugería: la honda dimensión moral adoptada para resolver «la cuestión del Pituso», depositando en el orfanato a ese pequeño que estuvo a punto de ser adoptado por la familia Santa Cruz, y que ha tenido ocasión de conocer y disfrutar por unos pocos días la condición de niño rico y mimado.  
En la versión filmada no será Guillermina, sino Jacinta, su prevista madre adoptiva, quien le lleve al orfanato; y en el trayecto se cruzará (aunque ninguno de ellos se dé cuenta) con su esposo Juanito Santa Cruz, que regresa, al amanecer, de una de sus juergas nocturnas. En doloroso contraste, la cámara se fija en las dos personas sentadas en el interior del carruaje que les lleva al asilo: «Jacinta con la mirada fija al frente

y abstraída, y el niño medio dormido que mira hacia la calle sin saber qué destino le aguarda al final del este pequeño viaje» (cito del guión inédito; que –por cierto merecería– ser publicado).  
Y, sin transición, estamos ya frente al asilo: el injusto abandono del inocente se expresa mediante el contraste de imágenes, en plano/contraplano: Jacinta, tras entregar al niño regresa al coche volviendo repetidamente la mirada hacia el asilo, como si dudase o se arrepintiese de su acción; Pitusín, ya detrás de la reja, «avanza mirando a Jacinta, quizá intentando explicarse lo que está pasando»; luego, «agarrado a las rejas, en su nueva, grande y oscura casa, se va quedando atrás...».  
Sigán mi consejo: vuelvan a ver (o véanla por vez primera) esa secuencia, en recuerdo y homenaje a Mario Camus.